



Iriarte se hizo dueño de las fuerzas con que contaban. Con ellas y con las que había traído desde Zacatecas hizo dar al dia siguiente la voz de *mueran los traidores de San Luis*, y ella sirvió de contraseña para comenzar el saqueo que no acabó sino con la total destrucción de los caudales públicos y particulares. Este hecho atroz fué celebrado con un banquete público al cual Iriarte hizo conducir a Sevilla y Herrera, pues Villerías se había fugado, y después de haber tenido la barbara complacencia de hacerles creer que iban a morir, cambió repentinamente de tono, los abrazó, los puso en libertad y los hizo sentar a la mesa, disculpándose de las violencias que contra ellos había ejercido, con decirles que no se había propuesto otro objeto que evitarles fuesen atropellados, por considerarseles como un obstáculo para el saqueo proyectado. En seguida arrogándose una superioridad que no le correspondía nombró mariscal a Herrera y coronel a Sevilla, y salió para Guanajuato llevando sobre sí todas las maldiciones de los vecinos de San Luis.

Allende, que como se ha dicho ya, se había situado en Guanajuato desde que Hidalgo levantó en retirada su campo de las inmediaciones de Mejico, hizo cuanto pudo para poner la plaza en estado de defensa; pero un ejercito no se forma en pocos días, mucho menos cuando los hombres que han de com-

ponerlo han sufrido reveses considerables como habia sucedido a los insurjentes en Aeuleo : ademas este general se hallaba vendido por algunas de las personas de quienes hacia confianza, que ponian en conocimiento de Calleja y del gobierno de Mejico cuanto le hubiera convenido reservar. Estas intenciones que mantenia en la plaza el gobierno, fueron sabidas por la interceptacion que hizo D. Julian Villagran de la correspondencia que las acreditaba, pero la interceptacion se verifico cuando la fuerza española se hallaba ya sobre Guanajuato, y por lo mismo no era posible hacer llegase su noticia al jefe de la plaza, que tampoco tenia ya tiempo para variar su plan de defensa. La ciudad de Guanajuato se halla situada casi a la mitad de una profunda cañada que desde la entrada hasta la poblacion se llama de Marfil, y desde donde esta acaba hasta su termino se denomina de la Serena : el punto en que se formó la ciudad es el centro a donde vienen a desembocar una multitud de pequeñas cañadas que pueden considerarse como otros tantos ramales de la principal. Los costados de la grande y de las pequeñas son formados por una multitud de cerros de considerable elevacion y de pendiente muy rapida, que ocupan el espacio de muchas leguas a la redonda, y que se elevan en escalones unos tras otros al rededor de la poblacion.

Allende, Aldama y los demas jefes insurjentes que

se hallaban con el, adoptaron el plan de defensa que indicaba la naturaleza misma del terreno y consistia en ocupar y fortificar las alturas, en establecer sobre ellas baterias que dominasen la unica entrada comoda por la cañada de Marfil, y en inutilizar esta por medio de barrenos: diez y ocho alturas fueron fortificadas, las diez primeras a la derecha y las ocho restantes a la izquierda de la cañada, y esta fué minada desde el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana hasta la ciudad, con mil y quinientos barrenos practicados todos sobre sus espaldones y comunicados por una mecha.

La defensa estaba perfectamente concebida, pero no podia ser igualmente bien ejecutada, pues ni la artilleria estaba regularmente montada, ni habia quien la pudiese dirijir con acierto: ademas la fuerza de Allende no era instruida ni estaba rejimentada, y de consiguiente no podia prestar los servicios que son obra de estos conocimientos sin los cuales no es posible sostener por mucho tiempo punto alguno fortificado.

Calleja, despues de la victoria de Aculco, regresó a Queretaro y en esta ciudad logró ponerse en comunicacion directa con el alferez real de Guanajuato D. Fernando Perez Marañon que lo instruyó muy circunstanciadamente de cuanto le convenia saber, asi en orden a la fortificacion de la plaza, fuerza, calidad y numero de sus defensores, como

se hallaban con el, adoptaron el plan de defensa que indicaba la naturaleza misma del terreno y consistía en ocupar y fortificar las alturas, en establecer sobre ellas baterías que dominasen la única entrada comoda por la cañada de Marfil, y en inutilizar esta por medio de barrenos: diez y ocho alturas fueron fortificadas, las diez primeras a la derecha y las ocho restantes a la izquierda de la cañada, y esta fué minada desde el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana hasta la ciudad, con mil y quinientos barrenos practicados todos sobre sus espaldones y comunicados por una mecha.

La defensa estaba perfectamente concebida, pero no podía ser igualmente bien ejecutada, pues ni la artillería estaba regularmente montada, ni había quien la pudiese dirigir con acierto: ademas la fuerza de Allende no era instruida ni estaba rejimentada, y de consiguiente no podía prestar los servicios que son obra de estos conocimientos sin los cuales no es posible sostener por mucho tiempo punto alguno fortificado.

Calleja, después de la victoria de Aculeo, regresó a Querétaro y en esta ciudad logró ponerse en comunicación directa con el alferez real de Guanajuato D. Fernando Pérez Marañón que lo instruyó muy circunstanciadamente de cuanto le convenía saber, así en orden a la fortificación de la plaza, fuerza, calidad y número de sus defensores, como

en orden a las personas con quienes podria contar y la clase de servicios que deberian prestarle. Con estos conocimientos se resolvio a marchar sobre Guanajuato y lo verifico por Apaseo, Celaya, Salamanca, e Irapuato. El 25 de noviembre llego a las llanuras de Burras, y se situo en Puerto-Molinero distante cuatro leguas de la cañada de Marfil, y al dia siguiente se puso en marcha hacia ella para reconocerla e igualmente las alturas que la rodean: al efecto destinó una parte de su fuerza que dividida en dos columnas, debia la una atacar dos baterias situadas a la izquierda de la boca de la cañada, y la otra sostener el ataque en la entrada de la misma. El conde de la Cadena encargado de estas operaciones las concluyo en poco menos de una hora apoderandose de cuatro cañones y de los puntos que se le habia mandado tomar. La facilidad y prontitud con que todo esto se practicó animó a Calleja para dar el ataque general que habia reservado al dia siguiente: dividió pues toda su fuerza en tres cuerpos; el primero a las ordenes del conde de la Cadena estaba destinado a montar por las alturas de la derecha, apoderarse de los puntos fortificados que en ellas tenian los insurjentes, y caer sobre la ciudad por el cerro de San Miguel; el segundo que debia mandar el mismo Calleja tenia por objeto internarse por la cañada de Marfil hasta el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana, en el

cual todavía no podían ofender las minas, montar después por las alturas de la izquierda, desalojar a los insurientes de sus diez puntos fortificados y caer sobre la ciudad por el cerro de Valenciana; el tercero a las órdenes del coronel D. Manuel Espinosa debía quedar en la cañada misma para apoyar los movimientos de los otros dos, e impedir que los insurientes cortasen las comunicaciones apoderándose de nuevo de algunas alturas de que hubiesen sido antes desalojados; se destinaron además varios cuerpos de caballería a las órdenes de D. Miguel de Emparan y del conde de S. Mateo Valparaíso para perseguir a los dispersos.

Los insurientes no se defendieron bien porque no sabían hacerlo; pero sostuvieron todos sus puntos con sumo valor hasta rendir en ellos el aliento: grandes perdidas causaron en las tropas españolas, pero no fueron menores las que ellos sufrieron. El conde de la Cadena los desalojó sucesivamente de todos los puntos que ocupaban en la derecha sobre los cerros del Cubilete, Hormiguero y San Miguel, y se situó en este último para pasar la noche: Calleja hizo lo mismo por la izquierda internándose por las alturas que se hallan entre el camino de Santa Ana y Valenciana, a donde llegó a las cinco de la tarde después de haber vencido la obstinada resistencia que encontró en todos los puntos y con especialidad en el cerro de Panuco.

Como Calleja había previsto, los insurjentes trataron de cortar los cuerpos de su ejercito e intentaron apoderarse de nuevo de los cerros que habían quedado a retaguardia; pero el coronel Espinosa frustró este designio. Los jefes insurjentes viéndose desalojados de todos sus puntos y en la imposibilidad de recobrarlos, dieron su derrota por consumada, solo pensaron ya en salvarse y lo verificaron la tarde misma. La fuerza se dispersó, y de los que la componían unos fueron a tener a San Luis, otros a Zacatecas y los mas a Guadalajara sin que nadie los persiguiese. La ciudad quedó pues esa tarde sin gobierno ni autoridades, y en este interregno el pueblo, escitado por los destrozos que se contaba había hecho Calleja, determinó tomar venganza en doscientos cuarenta y nueve prisioneros, los mas de ellos Españoles que existían en Granaditas. D. Mariano Liceaga que entendió de lo que se trataba se puso a la puerta de la prisión para impedir la entrada a los asesinos, pero fué atropellado y se halló en gran riesgo de ser muerto: también acudieron el capitán D. Pedro Otero y el sargento Tovar; pero bien pronto conocieron la inefficacia de sus esfuerzos y los riesgos que corrían si no se retiraban como lo hicieron al momento. Los asesinos penetraron en la prisión y dieron muerte a cuantos en ella encontraron, sin respetar a dos señoras que eran del numero: despues saquearon

todos los efectos pertenecientes a los muertos hasta dejar desnudos los cadáveres.

Este acto de iniquidad provocó en Calleja otro que no lo es menos: al dia siguiente después de haber tomado una batería que se hallaba en el cerro del Cuarto, se dirigió sobre la ciudad y entró en ella a degüello desde Valenciana hasta el barrio de San Roque donde se mandó cesarlo. El conde de la Cadeua había entrado ya en la ciudad por el rumbo de Carreras, y su división no degolló. Luego que Calleja ocupó la ciudad mandó prender a cuantos hombres del pueblo pudieron encontrarse, y reunidos ya en el numero que pareció bastante, se procedió a examinar *militarmente* quienes eran los sospechosos de haber tenido parte en el asesinato de los Españoles: doscientos se declararon tales y diezmados, fueron pasados por las armas los veinte que resultaron; después se hizo otro diezmo entre ciento ochenta, y los diez y ocho que salieron fueron ahorcados. A la misma pena fueron condenados el intendente Gomez, el profesor de Matemáticas Davalos, y Chovell, Favie y Ayala, tres Mejicanos de una instrucción profunda en las ciencias exactas. En el término de pocos días fueron ejecutados por orden de Calleja doscientas diez personas, y también se le acusa de haber convertido en provecho propio sus despojos y los de todos los vencidos. El gobierno político fué reorganizado de manera que las funciones públicas

recayesen todas en personas de la confianza del gobierno español, y quedó por intendente D. Fernando Pérez Marañón, sin duda en retribucion de las intelijencias que había mantenido con el virey y con Calleja de tan buen resultado en la toma de Guanajuato. El virey aprobó este nombramiento y cuando había hecho Calleja inclusas las ejecuciones y el indulto que a ellas siguió.

Entre tanto el gobierno español y sus partidarios, alucinados con las ventajas adquiridas, llegaron a persuadirse que la insurrección no era mas que un movimiento pasajero debido únicamente a la influencia de los que la habían promovido y acaudillado. Este error que tanto los lisonjeaba estaba cimentado en motivos plausibles que todos descansaban en apariencias engañosas: ellas consistían en hechos que estaban a la vista pero que tenían causas muy diversas de las que les asignaban y suponían los Españoles. Es verdad que casi todas las tropas se habían declarado y tomado partido contra los insurjentes; lo es igualmente que los empleados temían y no deseaban su triunfo; y por ultimo es indudable que los propietarios y personas acomodadas veían sino con aversion a lo menos con desconfianza la causa de Hidalgo; pero todos estos temores, desconfianzas y aversiones no eran debidos al amor de la dominacion española, detestada por la generalidad, sino a las pocas o ninguna

garantias que ofrecia al bienestar de las personas que componian estas clases la nueva revolucion. En general casi todos deseaban sacudir el yugo español, pero querian que esto se hiciese de manera que ellos no saliesen perjudicados, y mientras se presentaba este orden tan deseado de cosas tenian por mejor mantenerse a la sombra de un *gobierno que bien o mal conservaba y garantia a cada persona sus propiedades y el estado que deseaba o le convenia tener.*

Los Espanoles se obstinaron por el momento en creer partidarios suyos a todos los que no tomaban cartas ostensiblemente por la insurreccion, y este error de los particulares se convirtió en un principio de conducta en el gobierno, el cual llegó a persuadirse que una vez dispersadas las masas que seguian a Hidalgo y sus compaños, y apresados ellos, el negocio era concluido. En consecuencia, el virey luego que salió por las victorias de Aculeo y Guanajuato de los apuros en que lo había puesto la aproximación de Hidalgo a la capital, formó un plan por el cual las partidas todas de insurjentes desalojadas de los diversos puntos que ocupaban fuesen precisadas a reunirse en uno solo sobre el cual deberia caer el grueso de las fuerzas españolas, y concluir en pocos dias la insurreccion con la apresion de los jefes y la rendicion y desarme de las masas que los seguian. Como la in-

surrecion ocupaba casi esclusivamente las provincias de Valladolid, S. Luis, Guadalajara y Zacatecas situadas todas en el centro del vircinato, se acordó formar tres divisiones o ejercitos que se encargasen de la ejecucion del plan, y que por diversos y aun opuestos derroteros llevasen por delante las masas insurgentes hasta concentrarlas en Guadalajara, y cuando esto se hubiese verificado caer todas en combinacion y al mismo tiempo sobre esta ciudad, para dar en ella el golpe que se estimaba ultimo y decisivo.

D. Antonio Cordero, gobernador de Coauila, con las tropas de las provincias internas dependientes del vireinato, debia dirijirse por S. Luis y Zacatecas, D. Felix Calleja por Leon, y D. Jose de la Cruz por Huichapan, Valladolid, la Barca y Zacoalco. Cordero que era el mas distante fué quien primero se puso en movimiento, y sin encontrar mayor oposicion se hallaba a fines de 1810 en las inmediaciones de San Luis: Calleja se movia lentamente por las poblaciones de la provincia de Guanajuato reduciendolas sucesivamente a la dominacion española. La tercera division a que se dió el nombre de ejercito de reserva, se formó de los regimientos provinciales de infanteria de Toluca y Puebla, de dos escuadrones de caballeria de España y Queretaro y de un batallon de marina, y se nombró para mandar estas fuerzas al brigadier

*D. Jose de la Cruz a quien es preciso dar a cono-
cer.*

Este general parece no haber empezado su carrera militar sino hasta 1808 en que con motivo de la invasion de Espana por las tropas francesas abandonó como otros muchos las universidades. En paises que sufren totales trastornos los ascensos son pronto y faciles; Espana se hallaba en este caso, y Cruz en menos de dos años llegó a ser brigadier: con este grado se presentó en Mejico a fines de 1810 despues de haber servido en su patria a las ordenes del general D. Gregorio de la Cuesta, y se le nombró comandante de la primera brigada; pero a muy poco recibió el mando en jefe del ejercito o division de reserva, con el cual dió a los insurjentes dos solas acciones, una de ellas de muy poca consideracion. Cruz es uno de aquellos hombres que con un merito que no pasa de la esfera de mediano consiguen ocupar grandes puestos, porque tienen el tacto o instinto de las oportunidades. Venegas a quien empezaba a ser onerosa la reputacion de Calleja trató de suscitarle un rival, y este es el origen de la elevacion de Cruz: el virey necesitaba un hombre que se plegase facilmente y que por otra parte tuviese bastante astucia para hacerse valer mucho sin ser realmente gran cosa, y esto fué precisamente lo que halló en Cruz. Desde entonces fué su favorito, lo nombró para la comandancia general de la

Nueva Galicia y para presidente de su Audiencia, es decir, lo hizo un segundo virey, lo ascendió a mariscal de campo y lo dejó tan bien establecido, que se mantuvo en el puesto hasta que de el lo derribó la independencia por la que no quiso tomar partido. Este pretendido rival de Calleja en nada le era comparable sino en la dureza con que trató a los insurjentes ; por lo demas, ni antes ni despues de la campaña logró establecer su reputacion militar, y aun se daba por cierto que sus conocimientos en la profesion de las armas eran muy escasos y mas aun todavia su valor personal. El voto de Venegas sobre los asuntos de Mejico fué siempre en España de mucho peso, y esto lo ponía en estado de sostener a Cruz como lo hizo, estimulado, ya por los compromisos que con el tenía, ya por mortificiar a Calleja a quien no podía perdonar haber intrigado contra el hasta sucederle en el puesto. A las pasiones pues, y al odio mutuo de Venegas y Calleja que tenían su influjo en la corte, y a los triunfos que sobre los insurjentes lograba repetidas veces el brigadier Negrete, segundo de Cruz, fué a lo que este debió su engrandecimiento y la especie de independencia en que se mantuvo de la autoridad del virey, especialmente mientras Calleja ocupó este puesto.

Cruz salió de Mejico con la division de reserva, llevando orden de atacar y destruir en Huichapan

a los Villagranes, despues tomar a Valladolid, y enseguida unirse con Calleja para atacar a Hidalgo en Guadalajara. Los Villagranes eran dos, el padre Julian y el hijo Francisco, este ultimo se hallaba procesado por haber asesinado a un vecino de Huichapan llamado Chaves, y cuando empezó la insurrecion levantó a su favor y en compañía de su padre una partida compuesta de Indios miserables y de hombres perdidos que saquearon y robaron a todos los habitantes de los lugares circunvecinos cometiendo tambien algunos asesinatos. Cuando Calleja regresó a Queretaro, sabedor Julian Villagran de que estaba proximo a salir de Mejico un convoy de efectos enviados al interior por cuenta del comercio, en el cual debian tambien ir las municiones para Calleja, se resolvió a atacarlo en punto ventajoso, y al efecto se situó en la sierra de Calpulalpan, punto de transito inevitable y resgoso, dominado en una estension considerable de alturas inaccesibles. Estas fueron ocupadas por la partida de Villagran que sin grande dificultad acabó con los que custodiaban el convoy y con algunos pasajeros entre los cuales debe contarse el doctor D. Ignacio Velez, destinado a servir de auditor de guerra en el ejercito de Calleja. La perdida de este convoy cuyos efectos, sin contar las municiones, se estimaban en un millon y setecientos mil pesos obligó al virey a apresurar la salida de Cruz, que se verificó

el 16 de noviembre con las fuerzas ya dichas y llevando por su segundo a D. Torquato Trujillo, el mismo que había sido derrotado en las Cruces.

Cuando Villagran supo la aproximación de esta fuerza abandonó a Huichapan y se retiró al mineral del Doctor, de manera que los Españoles ocuparon el pueblo sin oposición y en el encontraron los restos del convoy que se devolvieron a sus dueños. Cruz permaneció en Huichapan hasta 16 de diciembre publicando bandos de indulto, y haciendo prisiones de los que le parecían sospechosos. Dos personas fueron notablemente vejadas por él, el cura de Nopala D. Manuel Correa, que ostigado tomó desde entonces partido por la insurrección, y la viuda de Chaves, el asesinado por Francisco Villagran, que fué mandada presa a Mejico por haber reclamado el servicio de plata que le robaron y que se asegura haberse apropiado los gastos.

Cruz salió de Huichapan el 16 de diciembre con dirección a Valladolid, y ocupó esta ciudad sin oposición el 28 del mismo mes, pues Hidalgo se había retirado sobre Guadalajara para concentrar en ella todas sus fuerzas. Aunque con él se habían ido todos los que en aquella ciudad tomaron partido por la insurrección, los vecinos pacíficos de Valladolid y aun los partidarios decididos del gobierno español fueron molestados por Cruz en agrias reconvenencias.

nes, por no haber opuesto a los insurjentes la resistencia que aunque imposible se exigia de ellos : las autoridades que se habian visto precisadas a someterse al vencedor cuando este era Hidalgo , se hallaron en el mismo caso con Cruz; pero este y el virey fueron menos tolerantes y exijieron retractaciones humillantes y esplicaciones forzadas, sin otro fruto que el de envilecer a los que las hacian.

Reorganizado a favor de los Espanoles el gobierno de Valladolid se nombró por comandante de la plaza y de la provincia a D. Torquato Trujillo a quien se dejó alguna fuerza, y Cruz salió contra una partida de insurjentes compuesta de unos dos mil hombres con poco mas de ochenta fusiles y veinte y nueve cañones mal construidos y peor mountados. D. Ruperto Mier era el jefe de esta partida, y con ella se resolvió a hacer frente a la division de Cruz de igual fuerza numerica pero de muy superior calidad ; y el objeto que se proponia era el de evitar la reunion de Cruz con Calleja, para que este sin el refuerzo del otro pudiese ser mas facilmente batido por las fuerzas de Guadalajara.

Bien conocia Mier lo poco que podia prometerse de los que militaban bajo de sus ordenes, y por esto elijo la ventajosa posicion del puerto de Urepetiro, punto dominado de alturas por debajo de las cuales debia pasar la division española : sobre una de ellas establecio dos baterias, la primera de diez y siete, y la

otra de doce cañones, y aguardó a Cruz que el mismo dia salió de Tlaxalalca. Una fuerte descubierta que pretendió atacar la posicion, a poco fué desbaratada y puesta en fuga : entonces Cruz formó dos gruesas columnas de ataque, la una a las ordenes de D. Francisco Rodriguez, y la otra a las de D. Pedro Celestino Negrete : la de Rodriguez sufrió mucho, pero la de Negrete empezó por restablecer la accion y acabó por derrotar completamente el grueso principal de la fuerza de Mier apoderandose de la altura y de la principal bateria, a lo que siguió el abandono de la otra y la total dispersion de los insurjentes.

Esta refriega fué el 14 de enero de 1844, en ella perdieron los insurjentes sus veintinueve cañones y algunos de sus fusiles, tuvieron varios muertos y dejaron espedito a la division española de reserva el paso para reunirse con el ejercito del centro que se hallaba ya en marcha para Guadalajara y no muy distante de esta ciudad.

Hidalgo derrotado en Aculco se retiró casi solo y disfrazado hasta Valladolid que se mantuvo por el apesar de sus perdidas : entró sin embargo de incognito en la ciudad y permaneció así en casa de la viuda de D. Domingo Allende hasta que se aseguró de que no correría riesgo de ser entregado a sus enemigos : se presentó despues en la casa del obispo ausente que eligió para su morada, volvió a to-

mar el caracter de jefe de la insurreccion y trató de levantar nuevas fuerzas con el objeto por entonces de defenderse en la ciudad. El intendente Anzorena y el coronel Zorarilla, hombres muy activos y ambos de grande influjo por pertenecer a las familias principales de Valladolid, lo pusieron todo en movimiento para levantar cuerpos militares, lograron reunir hasta ocho mil caballos y armar hasta mil doscientos infantes ; pero no habiendo un pie veterano estas fuerzas colecticias no podian ser bien adiestradas en el manejo del arma, ni en las evoluciones militares sino con mucha lentitud y siempre mal. En 14 de noviembre llegó a Hidalgo la noticia de la toma de Guadalajara por Torres y la invitacion de este jefe, lo mismo que las de Portugal y Navarro que tambien habian entrado despues con sus partidas y disputaban a Torres el mando, para que Hidalgo se presentase en la ciudad a mandar las fuerzas de todos.

Esta noticia lo sacó de los apuros en que se hallaba en Valladolid : luego que la recibió determinó ponerse en camino sin perdida de momento con las fuerzas que tenia reunidas, y se fijó la marcha para la mañana del 17 ; pero antes de verificarla mandó dar muerte a sangre fria en el cerro de la Batea a un numero considerable de Espaňoles que tenia presos, y se hacen subir segun las diversas relaciones desde ochenta y uno hasta ciento se-

senta y tres. Estos miserables eran sacados en la oscuridad de la noche y muertos a machetazos o puñaladas. Tales atrocidades no necesitan comentario ni merecen disculpa, y ellas fueron el principio de otras muchísimas que provocando represalias contribuyeron a empapar en sangre todo el suelo mexicano.

Hidalgo salió por fin de Valladolid el 17 de noviembre y se dirigió a Guadalajara recibiendo en todos los lugares del transito, especialmente en Zamora, felicitaciones, donativos, armas y hombres que se le unían para pelear. El dia 24 llegó al pueblo de S. Pedro, lugar de recreo de los vecinos de Guadalajara y distante una legua de la ciudad : las autoridades vinieron a presentarsele y ofrecerle sus respetos, y desde allí fué conducido por ellas el 26 en una especie de triunfo que fué celebrado por todas las demostraciones del verdadero regocijo que animaba a los habitantes de una ciudad en que las tropas insurjentes a las órdenes de Torres habían conservado el orden público y respetado los derechos individuales.

Antes de que Hidalgo llegase a Guadalajara el presbítero D. José María Mercado, cura de Aualulco, había solicitado y obtenido del comandante Torres la comisión de perseguir a los Españoles que bajo las órdenes de los oidores Alba y Recacho se retiraban a San Blas. A virtud de ella reunió una

partida corta que se fué engrosando en los pueblos del transito, de manera que a las inmediaciones de Tepic constaba ya de seiscientos hombres : con ellos ocupó esta poblacion y en ella se le reunió la compañía veterana del lugar que lo acompañó a San Blas. Luego que llegó a este puerto intimó la rendicion al comandante D. Jose Lavalle , amenazandole con incendiar el pueblo en caso de resistencia. Este jefe, con fuerzas muy escasas y aterrorizado por la rapidez del movimiento de Mercado y la desicion de la compañía de Tepic, entró en capitulacion y por ella salvo las vidas y caudales de los Españoles que Mercado ofreció respetar y respetó: así cayó en poder de los insurjentes toda la artilleria gruesa y el considerable repuesto de municiones que se hallaba en el apostadero de San Blas.

Entre tanto Allende, derrotado en Guanajuato y dispersada su fuerza, apareció casi solo en Zacatecas : resentido con Hidalgo desde las inmediaciones de Mejico donde como va dicho riñeron y se separaron, no quiso por entonces presentarse en Guadalajara y prefirió acojarse a Iriarte que se hallaba en Zacatecas. Este hombre, que bajo pretesto de auxiliar a Guanajuato había logrado introducirse en San Luis Potosí y saquear la ciudad segun va dicho, cuando salió de ella para prestar el dicho auxilio se movió con tanta lentitud que no pudo o tal vez no quiso llegar a tiempo : en las inmedia-

ciones de S. Felipe supo la derrota de Allende y entonces contramarchó rápidamente a Zacatecas : como había sido soldado y servido en la brigada de Calleja conocía la importancia de disciplinar su gente y la puso bajo un pie regular , lo bastante a lo menos para hacerse respetar : desconfiado del éxito de la insurrección y deseoso de hacer fortuna aprovechó la ocasión que le ofrecía la contingencia de haber caído en su poder la esposa de Calleja, para entrar en relaciones con su antiguo jefe y vender cara su defeción a la causa que había abrazado.

En estos manejos andaba Iriarte cuando Allende se presentó en Zacatecas , y claro es que este desgraciado era por lo menos un embarazo para continuarlos, pues a la larga necesariamente los habría penetrado : lo recibió pues Iriarte de una manera muy fría y aun le corrió algunos desaires que habrían sin duda acabado por entregarlo a Calleja , si Hidalgo sin saberlo no hubiese ocurrido a sacarlo de aquella penosa situación. Este jefe creyó debía ser generoso con su antiguo compañero, y luego que supo donde se hallaba solo y abandonado, lo invitó a pasar a Guadalajara donde lo recibió prodigandole todo género de consideraciones hasta salir fuera de la ciudad a su encuentro acompañado de todos los jefes de la insurrección y de las principales autoridades.

La presencia de Allende en Guadalajara completó en esta ciudad la reunion de los primeros caudillos que habian dado en Dolores y San Miguel la voz de independencia, y todos se dedicaron segun sus luces y aptitud, pero con el empeño mas activo, a ponerse en estado de derrocar con golpes decisivos la dominacion española. Guadalajara, la segunda ciudad del vireinato, ofrecia cuantas ventajas pueden apetecerse para constituir un gobierno: grande, rica y con mas de cien mil habitantes, tenia bajo la dominacion española todas las autoridades que segun las instituciones establecidas por sus leyes, eran bastantes a completar la existencia politica de un gobierno independiente: en ella habia universidad, colegios, imprentas, y abundaban los hombres de una cierta ilustracion que son consecuencia precisa de semejantes establecimientos: ademas no se habia hecho odiosa a sus vecinos la insurreccion por saqueos, persecuciones y asesinatos, ni la organizacion publica habia sufrido notables alteraciones, y de esto resultaba que no solo las masas sino tambien los hombres de influjo abrazasen con entusiasmo la causa de la independencia.

Otro hombre que Hidalgo hubiera sacado mucho partido de elementos tan favorables, creando aunque fuese la sombra de un gobierno nacional que interesase a todos los ordenes del Estado; D. Ign-

cio Rayon, el general D. Mariano Abasolo, el reyente de aquella Audiencia D. Antonio de Villaurerutia y otros muchos le instaron para que lo verificase; pero ya sea que no llegó a penetrarse de la conveniencia de esta utilísima medida, ya sea, lo que parece mas probable, que bien hallado con la posesión del poder que le proporcionaba la especie de dictadura que ejercía, sentía repugnancia a desprenderse de ella; el resultado es que este caudillo se contentó con dar respuestas evasivas a las repetidas instancias que se le hacían, y mantuvo en su persona la suma del poder arbitrario e indefinido de que había gozado hasta entonces, y que tampoco supo ejercer con acierto.

El orden político se conservó tal como se hallaba, llenándose las vacantes de la Audiencia y otros puestos públicos que habían desamparado los Españoles. La imprenta se puso también en ejercicio para sostener la causa de la insurrección y vindicarla lo mismo que a sus jefes de la nota de irreligiosidad, con que procuraba desopinar a la una y a los otros el gobierno español: se hicieron públicos los excesos que cometían sus jefes y soldados, y se trató de disculpar los de las tropas insurgentes; pero sobre todo se procuró inflamar las masas, convirtiendo en un sentimiento común y popular el odio contra los Españoles.

El doctor D. Francisco Severo Maldonado, hom-

bre de vasta lectura, de no vulgar capacidad, escasivamente extravagante, y de una arrogancia y presuncion inaudita, fué el escritor mas notable que patrocinó por entonces la causa de la insurreccion. Hidalgo mismo creyó deber hablar al publico, y lo hizo por primera vez en un manifiesto *, en el cual no se anuncia ninguna mejora, ningun principio politico, ni aun la independencia misma : en el se habla de agravios, de padecimientos, sin especificarlos, sin explicar a la multitud en que consistian, ni el sistema que se podria adoptar para repararlos, evitar que se perpetuasen o reprodujesen en lo sucesivo; por lo demas en esta pieza hay errores, falsedades y maximas antisociales ; se anuncia que la reli-

* MANIFIESTO A LA NACION AMERICANA.

¿ Es posible, Americanos, que habeis de tomar las armas contra vuestros hermanos que estan empeñados con riesgo de su vida en libertaros de la tirania de los Europeos, y en que dejais de ser esclavos suyos ? ¿ No conocéis que esta guerra es solamente contra ellos, y que por tanto seria una guerra sin enemigos, que estaria concluida en un dia si vosotros no les ayudaseis a pelear ? No os alucineis, americanos, ni deis lugar a que se burlen mas tiempo de vosotros, y abusen de vuestra bella indole y docilidad de corazon, haciendoos creer que somos enemigos de Dios, y queremos trastornar su santa religion, procurando con impostura y calumnias hacernos parecer odiosos a vuestros ojos. No : los americanos jamas se apartaran un punto de las maximas cristianas, heredadas de sus honrados mayores. Nosotros no conocemos otra religion que la catolica, apostolica, romana, y por conservarla pura e ilesa en todas sus partes, no permitiremos que se mezclen en este continente extranjeros que la desfiguren. Estamos prontos a sacrificar gustosos nuestras vidas en su defensa, protestando delante del mundo entero, que no hubieramos deseñainado la espada contra estos hombres, cuya soberbia y despotismo he-

jion corre riesgo con los Espanoles, se procura hacer odiosos a estos, se promete la exclusion de extranjeros, y se sienta como indudable que la revolucion ha sido de preferencia provocada y sostenida por motivos religiosos, y que los males publicos cesaran con las exclusiones pronunciadas. Tal es el manifiesto en que Hidalgo hablo a la nacion por primera y ultima vez : el pinta mejor a este caudillo que cuanto pueda decirse, y da idea de sus principios politicos, o por mejor decir, de la falta absoluta de ellos ; los Mejicanos se avergonzaron de tan miserable produccion, y los Espanoles la convirtieron en testo que sus diputados glosaron en las cortes de Cadiz para escluir a Mejico de la mediacion

mos sufrido con la mayor paciencia por espacio de casi trescientos años, en que hemos visto quebrantados los derechos de la hospitalidad, y rotos los vinculos mas honestos que debieron unirnos, despues de haber sido el inguete de su cruel ambicion y victimas desgraciadas de su codicia, insultados y provocados por una serie no interrumpida de desprecios y ultrajes, y degradados a la especie miserable de insectos reptiles, si no nos constase que la nacion iba a perecer irremediablemente, y nosotros a ser viles esclavos de nuestros mortales enemigos, perdiendo para siempre nuestra religion, nuestra ley, nuestra libertad, nuestras costumbres, y cuanto tenemos mas sagrado y mas precioso que custodiar.

Consultad a las provincias invadidas, a todas las ciudades, villas y lugares, y vereis que el objeto de nuestros constantes desvelos, es el mantener nuestra religion, nuestra ley, la patria y pureza de costumbres, y que no hemos hecho otra cosa que apoderarnos de las personas de los Europeos, y darles un trato que ellos no nos darian, ni nos han dado a nosotros. Para la felicidad del reino es necesario quitar el mando y el poder de las manos de los Europeos; esto es todo el objeto de nuestra empresa, para la que estamos autorizados por la voz comun de la nacion, y

inglesa admitida con el objeto de acordar las diferencias entre la metropoli y las demás colonias americanas que se hallaban en insurrección.

La resistencia de Hidalgo a establecer un gobierno y las prisiones que se empezaron a hacer a su llegada a Guadalajara de los Españoles que habían querido quedarse y Torres había dejado libres bajo de la fianza de los principales vecinos, enfriaron el entusiasmo de los habitantes, y empezaron a hacer disgustados. Los Españoles que no podían estar contentos con el nuevo orden de cosas, pero que lo sobrellevaban mientras fueron tolerados en el gobierno de Torres, se ofendieron á la llegada de Hidalgo que los mandó arrestar, y viendo apoyadas

por los sentimientos que se abrigan en los corazones de todos los criollos, aunque no puedan explicarlos en aquellos lugares en donde están todavía bajo la dura servidumbre de un gobierno arbitrario y tirano, deseosos de que se acerquen nuestras tropas á desatarles las cadenas que los oprimen. Esta lejítima libertad no puede entrar en paralelo con la irrespetuosa que se apropiaron los Europeos cuando cometieron el atentado de apoderarse de la persona del Exmo. Sr. Iturrigaray, y trastornar el gobierno a su antojo sin conocimiento nuestro, mirandonos como hombres estúpidos, y como manada de animales cuadrupedos sin derecho alguno para saber nuestra situación política. En vista pues, del sagrado fuego que nos inflama, y de la justicia de nuestra causa, alentaos, hijos de la patria, que ha llegado el dia de la gloria y de la felicidad pública de esta America. ¡Levantaos, almas nobles de los Americanos! del profundo abatimiento en que habeis estado sepultados, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro valor, haciendo ver a todas las naciones las admirables calidades que os adornan, y la cultura de que sois susceptibles. Si tenéis sentimientos de humanidad, si os horroriza el ver derramar la sangre de vuestros hermanos, y no quereis que se renueven a cada paso las

sus justas quejas por sus familias y amigos, las expresaron con fuerza, y aun explicaron con menos precaucion de la que su situacion exijia deseos de la aproximacion y triunfos de las fuerzas de Calleja. Este genero de confianza se aumentó en ellos con las noticias que ya corrian a principios de diciembre de la toma de Guanajuato, y que quedaron plenamente confirmadas con la llegada de Allende. Hidalgo, siempre prevenido contra los Españoles, y poco dispuesto á hacerles justicia, no necesitaba tanto para perseguirlos; así es que cuando llegaron a sus oídos estas voces acompañadas de una denuncia de conspiracion proyectada, segun se decia, entre ellos, un fraile carmelita y otro de S. Diego, se re-

espantosas escenas de Guanajuato, del Paso de Cruces, de S. Geronimo Aculeo, de la Barca, Zacoalco y otras: si deseais la quietud publica, la seguridad de vuestras personas, familias y haciendas, y la prosperidad de este reino: si apeteceis que estos movimientos no dejeneren en una revolucion que procuramos evitar todos los americanos, esponiendoos en esta confusión a que venga un extranjero a dominarnos:.... enfin, si queréis ser felices, desertaos de las tropas de los Europeos, y venid a uniros con nosotros: dejad que se defiendan solos los ultramarinos, y vereis esto acabado en un dia, sin perjuicio de ellos y vuestro, y sin que perezca un solo individuo; pues nuestro animo es solo despojarlos del mando, sin ultrajar sus personas ni haciendas. Abrid los ojos: considerad que los Europeos pretenden ponernos a pelear criollos contra criollos, retirandose ellos a observar desde lejos; y en caso de serles favorables, apropiarse toda la gloria del vencimiento, haciendo despues mofa y desprecio de todo el criollismo, y de los mismos que les hubiesen defendido: advertid, que aun cuando llegasen a triunfar ayudados de vosotros, el premio que debeis esperar de nuestra inconsideracion, seria el que doblasen vuestras cadenas, y el veros sumergidos en una esclavitud mucho mas cruel que la anterior.

solvió a desacerse de todos. Si hubiese habido algun proceso en que se hubiese hecho constar este delito por pruebas o a lo menos por presunciones fundadas, habria sido menos reprendible semejante resolucion ; pero en nada de esto se pensó, sino que fueron condenados a morir todos los que se hallaban presos en los colejos del seminario y S. Juan, no por un acto publico, sino por una resolucion privada de Hidalgo, que se intimaba a cada uno al momento preciso de ser acuchillado. Un lidiador de toros, llamado Marroquin, fué el encargado de ejecutar por sí mismo estas barbaras matanzas, y por las noches, cuando la ciudad se hallaba en silencio, tomaba las partidas de Espanoles que conducia a la barranca del Salto, situada a ocho leguas, y los pasaba a cuchillo.

La conspiracion fué denunciada el 11 de diciembre, y desde el dia 15 hasta la entrada de Calleja, perecieron de esta manera mas de setecientos Espanoles. Por algunos dias se ignoraron estas atrocidades

Para nosotros es de mucho mas aprecio la seguridad y conservacion de nuestros hermanos : nada mas deseamos, que el no vernos precisados a tomar las armas contra ellos : una sola gota de sangre americana pesa mas en nuestra estimacion que la prosperidad de algun combate, que procuraremos evitar cuanto sea posible, y nos lo permita la felicidad publica a que aspiramos, como ya hemos dicho; pero con sumo dolor de nuestro corazon protestamos, que pelearemos contra todos los que se opongan a nuestras justas pretensiones, sean quienes fuesen, y para evitar desordenes y efusion de sangre, observaremos inviolablemente las leyes de guerra y de gentes para todos en lo de adelante.

en la ciudad aun entre los jefes de la insurrección, pues siendo obra de solo Hidalgo y de agentes pocos y subalternos empleados por él en ellas, se conservó al principio el secreto; pero no tardaron mucho en saberse y entonces la indignación fué general. D. Ignacio Allende y D. Mariano Abasolo hicieron fuertes aunque infructuosos reclamos para hacer variar de resolución a Hidalgo que se mantuvo inflexible. Abasolo no se contentó con eso, sino que salvó a muchos proporcionándoles la fuga, a otros escondiéndolos, y a dos arrancándolos de las manos de Marroquín cuando los sacaba para acuchillarlos.

El espíritu público ya muy trabajado por las arbitrariedades de Hidalgo, por su resistencia a establecer un gobierno y por las diferencias ocurridas entre los jefes de la insurrección, que todos se oponían a las matanzas, acabó de perderse por los clamores de las familias de las víctimas y por el interés que inspiraban á la generalidad de los ciudadanos. Desde entonces ya no fué posible contar con los hombres influyentes, y se hizo necesario acudir a las masas. Allende y Abasolo se oponían a esas reuniones numerosísimas que no podían ser armadas, pagadas ni disciplinadas, y que la experiencia había probado ya bastante ser sino perjudiciales a lo menos inconducentes al objeto: Hidalgo, al contrario, todo lo esperaba de ellas, y aseguraba que si no se había vencido, era porque no se habían reu-

nido las necesarias; esta terquedad en contrariar las disposiciones de los otros generales, produjo entre ellos serias desavenencias; pero al fin el riesgo comun obligó á ceder a todos a los caprichos del cu-
ra y reunir cuantos hombres quisieron presentarse, sin escluir ni aun una partida de siete mil In-
dios flecheros de Colotlan, que ofreció y presentó
D. José María Calvillo.

Entre tanto, Allende, Abasolo y Aldama, conven-
cidos de la necesidad de poner algun orden en es-
tas fuerzas, se dedicaron a rejimentar, completar y
armar algunos cuerpos, tomando de las masas el nu-
mero necesario para llenar las bajas casi totales
que en las derrotas anteriores habian sufrido los re-
jimientos que los seguian; pero no habiendo empe-
zado sus trabajos sino en el ultimo tercio de diciem-
bre, ya se dejó conocer que en un mes escaso que
desde entonces pasó hasta la batalla de Calderon muy
poco pudieron hacer, especialmente teniendo que
haberselas con hombres que cuando se les quería
someter a la disciplina se incomodaban y preferían
agregarse a las masas destinadas á pelear. En me-
dio de estas dificultades, cuyo tamaño hoy no se pue-
de apreciar bastante, lograron armar y disci-
plinar medianamente siete batallones de infantería,
seis escuadrones de caballería y dos compañías de
artillería, que en todo formaban tres mil cuatro-
cientos hombres, fuerza muy inferior a la que podria

presentar Calleja en numero y disciplina. Esta consideracion hacie presajar mal a Allende del exito de una batalla, y en una junta de guerra presidida por Hidalgo, procuró esforzarla hasta ponerla al alcance de los vocales de la junta, en su mayor parte poco peritos en el arte de la guerra. Muchos lograron penetrar la justicia de sus observaciones; pero otros, o porque no pudieron comprenderlas, o por el inmenso ascendiente que Hidalgo tenia sobre ellos, votaron por la resistencia directa, y entonces ya no hubo otro remedio que prepararse a ella. Al efecto se hicieron conducir desde San Blas todas las piezas que componian su artilleria gruesa, pero destruidas las cureñas por la fragosidad de las sierras y la aspereza de los caminos muchas quedaron en ellos, y a Guadalajara llegaron cuarenta y tres, las mas de ellas desmontadas. Con estos cañones, con los que se habian llevado de otros puntos y con los que mal y de prisa se habian fundido en la ciudad, se reunieron ciento y tres bocas de fuego que, con cerca de cien mil hombres sin armas ni disciplina parecieron a Hidalgo el ejercito mas formidable capaz de conquistar a la misma Francia. Se trató pues de elegir el lugar del combate, y sobre esto volvió a haber diferencias; pero prevaleció por fin el dictamen de Allende y Abasolo que, despues de haber practicado varios reconocimientos, indicaron como mas ventajoso el puente de Calderon. Realmente

este punto ofrece ventajas para situarse, y en el pudo haberse hecho una defensa vigorosa.

El río Calderon corre entre el Tololotlan y el arroyo de las Amarillas : sobre él está levantado el puente del mismo nombre y se halla dominado a su frente é izquierda por dos lomas prolongadas que abrazan la posición, y que siendo muy escarpadas presentan un acceso difícil : el camino pasa por el puente que se halla enteramente descubierto y el río, aunque no muy abundante de aguas, puede decirse invadible por lo escarpado de sus riberas.

Desde el 14 de enero se empezó a conducir la artillería, municiones y todos los útiles de guerra escoltados por una fuerte división que mandaba D. José Antonio Torres : el 15 se levantaron tres baterías, la primera y principal, compuesta de sesenta y siete cañones de todos calibres, en la loma que se halla frente del puente, la segunda en la altura de la izquierda situada del puente para allá con doce bocas, y la tercera en otra altura del mismo lado que está antes de pasar el río con siete cañones. Al establecer estas baterías se advirtió que los cañones se habían mal montados en razón de la construcción imperfecta de las cureñas, que no permitían darles la dirección que el caso exijiese y de consiguiente ni apuntarlos de modo que los tiros fuesen certeros, sin embargo se colocaron como se pudo y se dotaron con los competentes hombres y municiones.

La fuerza toda de Hidalgo compuesta de noventa y tres mil hombres se hallaba ya en el campo la mañana del 16 : la infantería reglada se situó tras de las tres baterías en otras tantas columnas cerradas, y ademas se estableció una linea cuadrupla de batalla al costado izquierdo de la batería principal formando angulo saliente con ella : la caballería de la misma clase se situó en los flancos de las baterías para apoyarlas; los flecheros debajo de ellas; y en el llano que se halla tras de las lomas de la izquierda camino de Guadalajara quedó lo que se puede llamar la reserva, compuesta de una multitud innumerable de gente desordenada sin armas ni concierto, y entre la cual se hallaban mas de quince mil caballos : la batería principal y la division que la sostenía se puso a las ordenes inmediatas de Torres; la de la izquierda del río adentro a las de D. Juan Aldama, y la del mismo lado río afuera a las de Portugal : Abasolo tomó a sus ordenes inmediatas toda la caballería, y Allende fué declarado comandante de todas las fuerzas y jefe de la accion quedando Hidalgo con la reserva en el llano.

El virey Venegas, como se ha dicho ya, temeroso de un revés, no quería que solo el ejercito del centro acometiese a las fuerzas de los insurjentes, sino que estas fuesen atacadas en combinacion por las tres divisiones que se hallaban a las ordenes de Cordero, Cruz y Calleja, y al efecto tenia dadas a estos tres ge-

ses las correspondientes ordenes : Cordero no pudo cumplirlas por la defeccion de sus tropas que sublevó a favor de la insurreccion el teniente coronel D. Ignacio Elizondo, Cruz se preparaba a hacerlo, pero Calleja desde el principio se propuso no tener concurrente en el triunfo que se prometía y se apresuró a dar solo la accion antes que el otro llegase. Las relaciones que entabló con Iriarte y mas que todo las intellijencias que mantenía directamente en Guadalajara y en el campo enemigo, le dieron un perfecto conocimiento del estado de las cosas entre los insurjentes, de sus discordias, del poco partido con que contaban en la ciudad, de sus escasas fuerzas regladas, y sobre todo del mal estado de su numerosa artillería. Estas noticias y el estimulo de no partir con otro la gloria del triunfo lo determinaron tambien a apresurar la accion. Las fuerzas con que contaba consistian en poco mas de seis mil hombres, casi la mitad de ellos de caballeria, diez piezas de campana y un immenso repuesto de municiones ; con ellas se presentó el dia 46 en las inmediaciones del puente de Calderon ; en la tarde hizo un reconocimiento del campo enemigo que lo confirmó en el proposito de acometer al dia siguiente no habiendo hallado en el nada de temible sino el numero. Campó pues a corta distancia en frente del puente, en lugar abierto, y alli pasó la noche sin ser incomodado, falta notable en los generales insurjentes que pu-

diendo disponer de tantas fuerzas no destacaron algunas guerrillas para incomodar y tener en vela al soldado enemigo a quien por solo este hecho habrian hallado muy debil al dia siguiente. Es tanto mas probable este resultado cuanto que los soldados de Calleja, que no podian conocer como su general el estado de las cosas, se hallaban aterrorizados a la vista de aquellas enormes baterias y de la inmensa multitud con que tenian que combatir.

La mañana del 17 los insurjentes distribuyeron su fuerza de la manera que ya dicha, y ademas formaron una fuerte division que bajo las ordenes de Abasolo y situada al pie de las dos baterias y a la cabeza del puente defendiese su paso. Calleja antes de empezar la accion, mandó al jefe de la artilleria D. Ramon Diez de Ortega practicar un nuevo reconocimiento sobre las baterias insurgentes, y habiendo sabido que la punteria era muy alta y no podia mejorarse, formó tres fuertes columnas de ataque, una de caballeria a las ordenes de D. Miguel de Emparan para que acometiese por la derecha flanqueando la ultima bateria de aquel lado; la otra mista de infanteria y caballeria a las ordenes del conde de la Cadenas para que vadeando el rio acometiese la division insurjente que apoyaba su costado sobre la bateria principal, y la tercera compuesta toda de infanteria a las ordenes del coronel Jalon para acometer por el centro : el mismo Calleja se quedó con la reserva